

Yo me quedé allá para siempre. La década de Alfonso Reyes en España

Prólogo

Jordi Soler

Alfonso Reyes avistó España, por primera vez, el domingo 24 de agosto de 1913. Estaba acodado en la barandilla del barco, frente al puerto de La Coruña, acompañado por Manuelita, su mujer, y Alfonsito, su hijo. El nombre francés del barco, *Espagne*, era la brujería que lo iba a regresar a ese país que, en esa ocasión, sólo contempló desde las aguas del Atlántico. Ese día en su diario, que llevó a lo largo de la parte sustanciosa de su vida, anotó: «Arribamos a La Coruña, llena de luces de color, y al día siguiente, Santander nos saludó con fiesta de gaviotas. Los prácticos españoles eran hombres ágiles y flacos, que de un salto escalaban el barco». Luego de aquel apunte impresionista, el *Espagne* siguió rumbo al puerto de Saint Nazaire, ahí desembarcaron para dirigirse a París donde el escritor ocuparía el cargo de segundo secretario de la Legación de México. «Fuimos a dar a un pobre hotel, en la rue de Trévisé», anotó en su diario después de deshacer su equipaje. Luego colgó sus trajes y sus camisas y en el escritorio puso una pila de libros coronada por el estuche en el que llevaba la gorra de cazador de su padre, que era el talismán que lo acompañaría por medio mundo hasta el final de sus días.

Alfonso Reyes nació en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889, estudió en el Liceo Francés y luego fue a la Ciudad de México a estudiar derecho y a fundar el Ateneo de la

Juventud, junto con otros escritores coetáneos suyos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos.

Su padre, el general Bernardo Reyes, fue gobernador del estado de Nuevo León y secretario de Guerra y Marina en el Gobierno de Porfirio Díaz; más tarde, durante la Revolución, se levantó en armas contra el presidente Francisco I. Madero y, como parte de un episodio de la historia mexicana llamado la Decena Trágica, fue abatido por una ráfaga de ametralladora frente al Palacio Nacional, justamente después de que sus aliados lo liberaran de la cárcel y él, para no presidir la asonada con la cabeza descubierta y a falta de su marcial kepi, salió a la calle con una gorra de cazador que había comprado en Europa. La muerte del general provocó un destrozo en la familia que unos meses más tarde llevó a Alfonso Reyes, gracias a la influencia que tenía su hermano en el Gobierno de Victoriano Huerta, a irse de México rumbo a París, con la gorra de cazador de su padre que había conservado uno de sus ayudantes. Cuando alguien le decía a Alfonso Reyes que no había que dejarse guiar por las apariencias, él respondía: «No hay consejo más funesto y equivocado, puesto que sólo vivimos entre apariencias», y sentenciaba que «confiar en las apariencias, sumergirse en ellas e interrogarlas es el único camino de todo conocimiento religioso, filosófico, ético, artístico o científico». Esta declaración, sumada a la historia de la gorra de cazador de su padre que años más tarde brotó, como una orquídea, en el salón de una casa señorial de Buenos Aires, sugiere la inclinación de Alfonso Reyes hacia el otro orden del universo, donde florece la percepción que es capaz de interrogar a la apariencia, la imaginación agudizada, la superstición pero también la mitología con todas sus beldades y todos sus engendros, un territorio sobre el que Reyes escribió ensayos

asombrosos, aprovechando esa propensión que tenemos los mexicanos, nacidos en un país permanentemente jalonado por dos mitologías: la católica y la prehispánica. «Me avergüenzo cada vez que se me llama helenista», escribió Reyes, pero «no me avergüenzo de que se me llame humanista». La mitología griega y la prehispánica forman en la obra de Alfonso Reyes un poderoso vector que atraviesa sus libros y que en el futuro alimentaría, de manera muy palpable, los ensayos y la poesía de Octavio Paz y las novelas de Carlos Fuentes. A este territorio pertenece el fetiche de la gorra de cazador de su padre, con la que llegó a España en 1914 y que sale a relucir, como ya he apuntado, en una sesión espiritista en Buenos Aires, que fue consignada en las páginas de su diario. «Buenos Aires, (sábado) 15 marzo 1930: Anoche, en casa de Nieves, sesión de psicometría, de la vidente Irma Maggi, citada por Richet en su Tratado de metapsíquica». Alfonso Reyes asistió a la reunión en casa de su amiga Nieves Gonet de Rinaldini, con la gorra de cazador de su padre, dispuesto a poner a prueba la efectividad de la vidente que, según nos cuenta, «trabajaba con gran sencillez y sin fingir éxtasis ni trance sibilino. Apenas se hace tocar unos acordes de piano, y contempla o lee algunos versos de D'Annunzio que trae a máquina, en un papel viejo». Con este curioso procedimiento, sospechosamente literario, la vidente comenzó a palpar la gorra del general Reyes y, ante el asombro del escritor, garrapateó en una hoja, poseída por un ente invisible para los demás, su diagnóstico: «Este objeto me habla de una extraña indefinida sensación - Siento algo trágico en el entorno como si se hubiera derramado la sangre - Siento una alarma - Una intriga - Una repercusión». Al final los convidados, ya que se había ido la vidente, se pusieron a debatir sobre la importancia de la intuición, del arte adivinatorio. «Yo opiné que con la intuición sucede lo que con

el sexo», escribe Reyes, «el que lo posee normalmente incorporado a la vida, lo usa sin exhibirlo. El que lo exhibe teatralmente es enfermo y estéril. Onofroff sólo puede adivinar ante un auditorio y gasta en “suertes de ilusión” su reserva. Napoleón no se lo cuenta a nadie, y domina el mundo. ¿Por qué, entonces, fracasa Napoleón? Porque, como en los cuentos árabes, la vida es un combate de hechiceros y alguna vez todos van siendo derrotados».

Pero volvamos a aquel 24 de agosto de 1913 cuando Reyes, para librarse del caos de la Revolución, llega a París a trabajar en la Legación mexicana, un empleo que le dura muy poco pues, en octubre de 1914, orillado por la Guerra Mundial, tiene que mudarse a Madrid, ya sin cargo diplomático y confiando en que podría ganarse la vida con su talento literario y sus habilidades sociales: «Yo he venido, como Ruiz de Alarcón, a pretender en corte, a ver si me gano la vida. Mientras me oriento, dejé en San Sebastián a mi mujer, mi niño y mi criada bretona», escribe en su diario.

Al llegar a Madrid Alfonso Reyes tenía veinticinco años y a partir de entonces comenzó a traducir y a escribir artículos y, poco a poco, gracias a su amigo Enrique Díez-Canedo, fue metiéndose en el mundillo del Ateneo, que se extendía hacia los bares y los cafés de la época, en los que convivía con Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Unamuno, Azorín, Manuel Azaña y un largo etcétera que palpita en las páginas de esta antología. Reyes hizo crítica de cine en el semanario *España*, con el seudónimo de Fósforo, y luego pasó a *El Imparcial*, invitado por José Ortega y Gasset que, de esa forma tan generosa, inauguró su espinosa relación con el escritor mexicano. Más tarde el mismo Ortega le dio una página semanal en el diario *El Sol*, dedicada a temas de historia...